

RESEÑAS

Corazón de Cópil, coordinación de Bárbara Dahlgren, Emma Pérez Rocha, Lourdes Suárez y Perla Valle, 2ª ed., México, Conaculta, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2009, 405 pp., ilustraciones. ISBN: 978-986-03-0366-3

La primera edición de *Corazón de Cópil* tuvo como propósito apoyar documentalmente la intensa investigación arqueológica que en ese momento se estaba desarrollando en el recinto religioso más importante de los mexica-tenochcas. Fueron momentos muy especiales, en vista de que habían pasado sólo cuatro años del descubrimiento de la diosa lunar en el Templo Mayor de Tenochtitlan. El hallazgo detonó más excavaciones que aún rinden frutos, debido a la alta concentración de ofrendas, así como de edificaciones y lugares de culto espectaculares. Sólo hago referencia a dos de ellas: la llamada “Casa de las Águilas” y la Tlaltecuhltli de la otra casa, la de las Ajaracas.

El apoyo consistía en la compilación sistemática de toda la información etnohistórica, indígena, española y mestiza, escrita en caracteres latinos o pintada en códices, que se refiriera al tema. A la maestra Bárbara Dahlgren, fundadora en 1977 del entonces

Departamento de Etnohistoria, se le encarga la labor que es apoyada por tres investigadoras: Emma Pérez Rocha, Lourdes Suárez Díez y Perla Valle. Se opta por dividir el trabajo en varios apartados que, en términos globales, cubren una introducción, con explicación y límites de los propósitos, la selección de textos de acuerdo a varias temáticas definidas, la sección más amplia, ilustraciones de pictografías indígenas, imágenes varias, planos españoles, cuadros comparativos de concentración de elementos distintivos, un apéndice, un glosario y una bibliografía.

La primera aparición del *Corazón de Cópil*, en 1982, llenó efectivamente el vacío de información seria que se estaba formando en torno a una serie de hallazgos que se reportaban con asombrosa frecuencia. El texto tuvo la ventaja de enfocarse a un tema muy preciso: el Templo Mayor de México-Tenochtitlan y sus descubrimientos, que pedían a gritos ser explicados. El entusiasmo de todo el gremio aumentó al notar los extraordinarios esponsales entre la información arqueológica y la documental. Los datos que se compilaron en *Corazón de Cópil* realmente contribuyeron a descifrar el sentido de la escultura lunar, la famosa Coyolxauhqui, y mucho de lo que se estaba encontrando.

Han pasado 27 años de la primera edición. Han sido dos décadas y media de intensa labor exploratoria del mundo mexicana, que se refleja en numerosos estudios generales y monográficos y, sobre todo, en nuevas publicaciones más completas y críticas de algunas de las principales fuentes ya conocidas. Este avance es tomado en consideración en la segunda edición: las compiladoras aumentaron las notas bibliográficas y un mayor número de ilustraciones, ahora de mejor calidad. Sin embargo, y a diferencia del continuo ímpetu excavatorio, lleno de sorpresas cotidianas, en el ámbito del conocimiento de nuevos textos etnohistóricos sobre este tema, la cosecha ha sido más bien magra. Muy pocas fuentes etnohistóricas de primera línea, relacionadas con el tema, se han dado a conocer desde 1982. Un ejemplo sobresaliente es el

llamado *Manuscrito de Glasgow, Relación geográfica de Tlaxcala*, de Diego Muñoz Camargo, publicado originalmente por René Acuña en 1981, y que nos da una visión tlaxtepotzca de la conquista de Tenochtitlan.

En este ambiente de ediciones más críticas y más facsimilares de fuentes, particularmente las pictográficas, y trabajos que atacan problemas medulares con más detalle, *Corazón de Cópil*, a 27 años de su primer lanzamiento, aún se sostiene como una obra útil. Gracias a su buen diseño y orden, una nueva lectura de las fuentes del primer siglo colonial nos impulsa a volver a preguntarnos sobre un cúmulo de cuestiones que ahora podemos ventilar en una arena informativa más crítica. Las preguntas no sólo se refieren a asuntos fácticos, sino también a historiográficos y metodológicos. Respecto a la parte medular de la obra, la información, deseamos hacer algunos comentarios:

1) En términos generales, y no soy el primero en notarlo, percibimos la gran diferencia de estructura narrativa y los propósitos que originaron las fuentes de origen hispano, si las comparamos con los discursos de las indígenas, a pesar de que algunos autores de estas últimas intentaron “europeizarlas”. Muy particularmente, el tratamiento descriptivo que le dan los conquistadores españoles al Templo Mayor y el recinto sagrado se mueve del descubrimiento de algo nunca antes visto a la descripción llena de asombro y admiración y, finalmente, sin mucha culpa, a su destrucción sistemática. Sabemos el origen y ánimo de esta actitud llena de ambigüedades. La principal —no única— disculpa era la lucha por ganar —o devolver— a los “idólatras” y su mundo a la verdadera y única religión. Lo mismo sucedió en la conquista del imperio incaico, el Tahuantinsuyu, aunque con un menor número de conquistadores interesados en la escritura testimonial.

2) Con las fuentes indígenas aún tenemos una deuda pendiente: la elaboración de una “guía roji” epistemológica que nos permita entenderlas cabalmente. Recordemos los esfuerzos de Nigel

Davies por imponer un orden mínimo de evento, lugar y tiempo en sus reconstrucciones históricas porque, a la postre, “algo sucedió”; se dio un fenómeno decididamente relacionado con la actividad humana. El prestigiado autor inglés tuvo entonces que establecer parámetros de confiabilidad en las fuentes, o sea, una información era más “histórica” que otra y, por lo tanto, merecía tener una posición prioritaria. Pero, si nos movemos en el ámbito de lo “mitohistórico”, particularmente en los relatos de orígenes, peregrinaciones y fundaciones de pueblos, asuntos de gran relevancia y muy visibles en el material de esta compilación, es imposible elegir un mito como más cercano a la “realidad histórica”. Un mito es un mito, y sus variantes pueden ser numerosas. Pero, y con el ánimo de entusiasmar el futuro trabajo de los lectores de este libro, hay formas de avanzar en este aparentemente contradictorio ámbito de información. La clave parece ya estar funcionando: el estudio de la cosmovisión y sus potentes ramificaciones en muchos ámbitos de la vida mesoamericana, y en particular en la forma de registrar el pasado. Sostenemos la tesis de que los mitos, aquí los vinculados con la historia, por más que exhiban variantes, son “teselas de un mismo mosaico”, componentes de una estructura básica, dentro de un marco de referencia determinado, una especie de campo de juego con límites establecidos donde, en muchas ocasiones, la pieza dramática tiene los mismos actores realizando acciones en espacios determinados, jugando a reinventarse con rebuscados sinónimos.

Como ya lo habíamos expresado, la bondad de esta compilación es disponer de datos precisos, procedentes de fuentes primarias, organizados debidamente para poder acceder a ellos en una rápida consulta. Menciono un ejemplo ilustrativo que tiene relación con el título del libro:

En las fuentes compiladas en el libro, llama particularmente nuestra atención la importancia que adquirieron Malinalco, una dama llamada Malinalxóchitl, su esposo, un matlatzinca, “rey

de Malinalco”, de nombre Chimalcuauhtli, y su famoso vástago conocido como Cópil. Sabemos que las construcciones tenochcas en el cerro Texcaltepec, en la población citada, se iniciaron a principios del siglo *xvi* y que, a la llegada de los españoles, aún no habían concluído. Quienes han visitado el sitio, donde se encuentra un famoso y único templo monolítico, notan que el conjunto es de primera línea. Hubo un especial cuidado en mostrar una ideología imperialista en un lugar que les interesaba muy particularmente, asociado también a un tambor, un *tlalpanhuébuatl*, de sobresaliente factura. Malinalco, en épocas anteriores, no había jugado un papel preponderante. Se encuentran restos de ocupación pretenochca en la parte superior del cerro, el Texcaltepeticpac, de los que, lamentablemente, sabemos muy poco. ¿Cuáles fueron los motivos que llevaron a los ideólogos de Tenochtitlan a incluir los episodios de hostilidad de Malinalxóchitl-Cópil en la peregrinación y fundación de su ciudad? Es precisamente el corazón de Cópil, el sacrificado, el que se lanza a un lugar que se describe como “in toltzallan in acatzallan”, entre tules y cañas, y que más tarde se le dio el nombre de Tlacocomoco donde, como gran *tetzáhuatl* o portento largamente anhelado, marca la tierra prometida al convertirse en la piedra donde nace el *tenochtli* fundacional. ¿Y quien es Cópil? La palabra identifica un gorro cónico que, cuando está cubierto de piel de jaguar, el *ocelocopi-lli*, se asocia a Ehécatl Quetzalcóatl. Una identidad diferente la hallamos en el *Códice mexicanus*, una pictografía del siglo *xvi* de tradición tenochca. Ahí, se muestra, en la lámina XXXVIII, un personaje masculino que viste sólo un *máxtlatl* y que está siendo golpeado con un garrote; su único atavío es el gorro de Xipe Tótec. Amablemente, uno de los escribas que participó en esta pictografía escribió la palabra “Cópil” debajo de la escena. Un tercer ejemplo pictográfico podría estar en el *Códice Azcatitlan*, lámina 12, donde la escena fundacional tenochca se representó con una alta pirámide escalonada (¿un altar *sui géneris*?), en cuya

cúspide está tendido un hombre con *máxtlatl* (bragas) y *temíllotl* (un tocado militar), de cuyo ombligo sale el nopal y de éste una cabeza humana ataviada con yelmo de colibrí (Huitzilopochtli). Sin embargo, aquí las opiniones están divididas, ya que el sacrificado podría ser Chichilcuáhuítl, un guerrero de alto rango procedente de Colhuacan.

Para el caso, parece que sólo disponemos de dos fuentes de origen prehispánico asociadas a Cópil. La primera sería el “corazón de piedra verde” reproducido en la carátula del libro aquí reseñado. Es un magnífico trabajo escultórico de 10 kilos y medio, hallado en 1977, en el número 44 de la calle de República de Venezuela, por la, en ese tiempo, pasante en arqueología Reina Cedillo. El segundo ejemplo debería de estar en el dorso de la famosa pieza escultórica que prefiero llamar *Teocalli del atl tlachinolli* —más popularmente conocido como de la “Guerra sagrada”—, una de las más destacadas piezas que se exhiben en la Sala Mexica del Museo Nacional de Antropología. Ahí se registra la escena fundacional de México-Tenochtitlan. Es muy lamentable que una de las partes, la inferior izquierda, asociada al medio lacustre, esté completamente borrada. Aquí ocurre un fenómeno extraño: la piedra de donde crece el nopal está ausente y, en su lugar, la cactácea brota de la boca de un cráneo que se ha identificado como Tlaltecúhtli o Mictlantecúhtli. Notamos otra particularidad que no continúa en las imágenes coloniales: el águila sostiene en su pico el glifo del atl tlachinolli (agua-cosa quemada). Podríamos afirmar que sin la piedra de donde se origina el nopal, la futura ciudad imperial perdería la mitad de su nombre.

Las referencias escritas de Cópil en las fuentes recabadas en este libro son numerosas y complejas; hay tela de donde cortar. Por otro lado, los ejemplos prehispánicos piden ser revalorados, a la luz de las nuevas hipótesis en trabajos recientes aparecidos en México y el extranjero.

El anterior es un ejemplo de lo que potencialmente nos puede ofrecer la relectura de los textos del libro. A pesar de haber sido removido en una muy significativa ocasión ritual, el corazón de Cópil sigue latiendo.

Xavier Noguez
El Colegio Mexiquense

VÍCTOR GAYOL, *Laberintos de justicia. Procuradores, escribanos y oficiales de la Real Audiencia de México (1750-1812)*, vol. I: *Las reglas del juego*, v. II: *El juego de las reglas*, México, El Colegio de Michoacán, 2007, 558 pp. ISBN 9789706792426

No hay duda, los pasillos de los edificios públicos son unos de esos *non-lieux* (no-lugares) descritos por Marc Augé,¹ donde transitan ríos de gente anónima, sin más impresiones y huellas que las que trasladan de otra parte. Pero precisamente por eso, como receptáculos del movimiento y ruido procedentes de toda la sociedad, merecen estudios pormenorizados. Y más aún cuando se trata de los pasillos de la justicia, en este caso de la Real Audiencia de México. Éste fue, ni más ni menos, el proyecto de tesis de Víctor Gayol, ahora convertido en un libro que, podemos decirlo de entrada, no tiene equivalente en la historiografía mexicana.

Por supuesto, para el sociólogo, y ahora para el historiador, ese cuchicheo impersonal, esa agitación difusa en los corredores y oficinas sólo se puede percibir en sus encarnaciones, y con ciertas metodologías. Y es así que la obra se cernió alrededor

¹ Marc AUGÉ, *Non-lieux, introduction à une anthropologie de la surmodernité*, París, Le Seuil, 1992.